

NICOLÁS MAQUIAVELO¹

Maquiavelo nació en Florencia, el 3 de mayo de 1469, hijo de Bernardo Maquiavelo, abogado y tesorero de la Marca de Ancona, y de Bartola Nelli.

Su familia, antigua y burguesa, vino a establecerse en Florencia, procediendo del valle de Pesa, no siendo cierto, como se ha dicho, que sus antepasados fueran señores de Montespertoli, y descendientes de los antiguos Marqueses de Toscana; genealogía inventada para satisfacer la vanidad de los Maquiaveli, que llegaron a ser poderosos en tiempo de los Duques de Toscana.

Bernardo Maquiavelo, famoso por su valor, poseía bienes patrimoniales, aunque no era rico, porque la riqueza la daba entonces el comercio. Existe la inscripción de las propiedades de Bernardo en el catastro de 1481, y demuestra, contra lo que repetidamente se ha escrito, que Nicolás gozó hasta su muerte de una modesta fortuna suficiente, sin embargo, para darle honrada subsistencia.

Nada se sabe de los primeros años de Maquiavelo, ni quiénes fueran sus maestros. Aprendió el griego y el latín perfectamente, por lo cual se cree estudiara con los sabios de la Academia platónica, que en sus tiempos celebraban reuniones en el palacio de los Médici, y después en el de los Rucellai; porque no cabe duda de que, desde su juventud, fue admitido en dicha Academia.

Apenas contaba veinticinco años de edad, cuando en 1494 empezó Maquiavelo a ocuparse en los negocios públicos guiado por el sabio Marcelo Virgilio Adriani, a quien sus ocupaciones de profesor de literatura griega y latina no impedían ser uno de los más hábiles hombres de estado de su época.

¹ Prólogo a la 2ª edición española de la editorial «El Ateneo». S.A. Librería, Editorial e Inmobiliaria, Buenos Aires, 1965.

El cargo que desempeñaba Maquiavelo dependía de la segunda Cancillería, correspondiendo a ésta las relaciones con los embajadores y los asuntos de la guerra, y es probable que, para empezar su carrera política, escogiera el momento en que, por la expulsión de Pedro de Médici, fue reformado el gobierno de la república, organizándose sobre bases más amplias y democráticas.

Tenía entonces grande intervención en los negocios públicos de Florencia fray Jerónimo Savonarola; pero no puede asegurarse que a éste debiera el cargo que desempeñó, como algunos han escrito, confundiendo a Nicolás con un homónimo de su misma familia; pues en las obras de aquél bien se ve que no fue amigo ni admirador del célebre fraile dominico, mientras se sabe que éste era ardiente partidario de la secta de Savonarola.

Pronto debió demostrar Maquiavelo la superioridad de su entendimiento en la carrera que había emprendido, porque al vacar en 1498 el cargo de Canciller, se lo dieron, a pesar de solicitarlo hombres de gran mérito y de más edad, entre ellos Francisco Baroni. A las pocas semanas de desempeñar este cargo, por otra determinación en 14 de julio, lo eligió la Señoría Canciller adjunto a los Diez de la Libertad, cargo importantísimo, por entender en él de los asuntos militares, y más importante entonces porque Florencia combatía para vencer la rebelión de la ciudad de Pisa y defenderse de los venecianos, que, a instigación de los Médici, movieron guerra a la república florentina. Nombrado sólo para el mes de agosto, desempeñó dicho cargo cerca de quince años; prueba evidente de que no encontraron quien mejor que él lo ejerciera. Multitud de documentos de la época demuestran que, mientras tuvo a su cargo estas funciones, en los asuntos exteriores y en los de la guerra, nada importante se hizo sin su dirección y consejo.

Además de los negocios inherentes a la Cancillería, desempeñó en este tiempo gran número de embajadas importantísimas, de las cuales sería prolijo dar por ahora detallada cuenta. Empezó esta serie de comisiones que le dio la Señoría, o más bien el Consejo de los Diez, en noviembre de 1498, con la misión al señor de Piombino, que estaba a sueldo de la república, para excitarle a que fuera al asedio de Pisa, y por segunda vez fue enviado a dicho señor en 24 de marzo de 1499, cuando se encontraba en Pontedera, para exhortarle a que cumplierse su deber, no insistiendo en el aumento de sueldo que pedía. Después desempeñó otra comisión en julio del mismo año cerca de Catalina Sforza Riario, en Forli, relativa a la conducta de su hijo Octavio.

Varias veces en junio y julio de 1500 estuvo de comisario en el campamento de las tropas que sitiaban a Pisa, donde sufrió grandes trabajos y expuso su vida. Sin duda entonces fue cuando escribió el *Discurso al Consejo de los Diez sobre las cosas de Pisa*.

10

Diéronle en 18 de julio la misión más importante de ir a Francia con Francisco de la Cosa, embajador cerca de Luis XII, para mostrar a este monarca la verdad respecto al comportamiento de los soldados que, a ruegos de la república florentina, envió contra Pisa, y justificar al gobierno de Florencia de los cargos que le dirigían aquellos rapaces mercenarios para excusar su torpe conducta.

Testigo ocular de lo ocurrido, fue Maquiavelo el alma de aquella embajada, volviendo a su patria, después de seis meses de ausencia, en 14 de enero de 1501. Pocos días desempeñó entonces las ocupaciones de su cargo, porque a fines de este mes tuvo que ir a Pistoya, donde la agitación era grande por el odio entre las facciones Panciatica y Cancelliera; y después a Cascina y a Siena, por asuntos relativos a la guerra de Pisa. Volvió a Pistoya en agosto, y logró que los bandos rivales juraran la paz, que duró muy poco, como toda paz impuesta con amenazas. Empezados de nuevo los disturbios, tuvo que volver Maquiavelo en octubre, acompañado de Nicolás Valori.

Entre los meses de mayo y octubre fue varias veces a Arezzo, primero para ver a Vitellozzo Vitelli, *condottiero* de César Borja,¹ que instigaba a la ciudad a rebelarse: después al ejército francés que envió el rey Luis XII para someter a los rebeldes, llevando instrucciones a los comisarios florentinos que estaban en dicho ejército. A su vuelta presentó a la Señoría un informe, del cual sólo queda un fragmento, sobre el modo de tratar a los pueblos rebeldes de la Valdichiana.

La misión cerca de César Borja, a quien encontró en Imola el 1º de octubre de 1502, y acompañó por la Romaña y la Umbria, hasta el 23 de enero del año inmediato, es demasiado conocida, para entretenerse en narrar su objeto, pues dio ocasión a unos de los escritos más populares de Maquiavelo, titulado: *Descripción del procedimiento empleado por el duque Valentino para matar a Vitellozzo Vitelli, a Oliverio de Fermo, al señor Pablo y al duque de Gravina Orsini*. Persuadido César de que con esta tragedia (que le parecía originada en la necesidad de defenderse) no había desagradado a la república florentina, indujo al papa Alejandro VI a que solicitara la alianza de Florencia con la familia Borja: por lo cual Pedro Soderini envió a Siena a Maquiavelo, como embajador cerca de Pandolfo Petrucci, en 26 de abril de 1503, para decirle lo ocurrido e invitarle a hacer causa común con los florentinos.

Durante estas negociaciones murió Alejandro VI, y Maquiavelo fue enviado a Volterra a concertarse con el cardenal Francisco Soderini, para la elección del nuevo Papa, acompañando a este prelado hasta Valdarno cuando se dirigía a Roma. Después, el 14 de octubre, fue a la Ciudad Eterna, donde se había reunido el cónclave para la elección de pontífice, por muerte de Pío III, que sólo vivió veintiséis días desde su elevación al pontificado, y no volvió a Florencia hasta el 22 de diciembre.

No descansó allí mucho, pues el 12 de enero del año siguiente fue comisionado para ir a Firenzuola, y dos días después está fechada la misión que se le dio de volver por segunda vez a Francia, para donde partió el 19, tratando en Lyon con el rey Luis el objeto de su embajada. A su vuelta, que debió ser a mediados de febrero, tuvo la fortuna de dar a la Señoría seguridades de que, en la tregua con-

11

¹ El traductor emplea la ortografía española de este apellido, de origen valenciano, más conocido universalmente por su adaptación a la ortografía italiana que escribe Borgia. (*Nota del editor.*)

rentina, siendo, por tanto, infundados los temores que suscitaba la fortuna de las armas españolas en Italia.

En abril del mismo año fue a Piombino, con pretexto de avisar a Jacobo IV de Appiano, señor de aquella ciudad, de algunos peligros que le amenazaban, y darle consejos; pero en realidad para averiguar sus intenciones y obligarle a ser fiel a Florencia. Apenas de vuelta en esta ciudad, salió el 8 del mismo mes para Castiglione del Lago, con objeto de pedir a Juan Pablo Baglione, que estaba a sueldo de la república florentina, cumplierse su deber, yendo con sus tropas contra los pisanos, lo que no quería hacer, bajo pretexto de necesitar guardarse de sus enemigos, que en Perugia minaban su poder. Persistiendo Baglione en su negativa fue Maquiavelo a Mantua para ajustar los servicios militares del marqués Juan Francisco Gonzaga; pero no logró su objeto, por las exigencias inmoderadas de éste.

Envióle su gobierno, en julio, a Siena para dar las gracias a Pandolfo Petrucci por el aviso que secretamente dio a la Señoría de las hostiles intenciones de Bartolomé de Alviano, que intentaba socorrer a los pisanos, y para contratar los servicios de éste, a sueldo de Florencia. Pero como Alviano jugaba con cartas dobles, meditando una traición, Maquiavelo, que le conocía bien vencióle en astucia y, conseguido lo que deseaba saber, le dejó sin acordar nada. Bartolomé de Alviano se movió con sus tropas para socorrer a Pisa, pero encontrado por Antonio Giacomini en Torre San Vicente, fue derrotado y dispersada su gente.

Creyeron entonces los florentinos llegado el momento de asaltar a Pisa y, con este objeto, el Consejo de los Diez envió al campamento a su secretario Maquiavelo para arreglar las cosas concernientes al asalto, que no pudo realizarse por la cobardía de los soldados mercenarios.

Este suceso hizo comprender a Maquiavelo que no se podía contar con tropas compradas, y que los estados necesitaban tener ejército propio. Convencido el Consejo de los Diez de la necesidad de alistar para el ejército a los súbditos de la república, encargó a Maquiavelo dar principio a esta operación. En dicho trabajo se ocupó desde diciembre de 1505 hasta entrado marzo del año siguiente, habiendo noticias de su estancia en Val di Sieve, en Mugello y en el Casentino.

Comprendió Maquiavelo, antes que otro alguno, cuán falso era el sistema militar de los italianos, que, extinguiendo el valor y la disciplina, hacía a Italia fácil presa de los extranjeros. Opinó, por tanto, que se debía abolir el empleo de tropas mercenarias y organizar un ejército nacional. Pero como para desarraigar añejas preocupaciones se necesita tiempo y conviene proceder poco a poco, empezó por aconsejar al Consejo de los Diez que ordenara el alistamiento de un hombre por familia. Diose este primer paso en 1500; y, entretanto, se mandaba que cada familia declarase el número de hombres aptos para empuñar las armas. Así se logró tener en el momento necesario 10 000 hombres bajo la bandera de la república, escogidos entre los mejores del alistamiento y en proporción al número de habitantes de cada localidad.

Crecieron de este modo los negocios relativos a la guerra y comenzó Maquiavelo a preparar la opinión pública en dicha materia,

pronunciando, en marzo de 1503, un discurso en el Consejo público, para exhortar al pueblo a armarse en su propia defensa, en vez de fiarla a tropas mercenarias y aconsejarle que hiciera los sacrificios necesarios a fin de atender a los gastos del armamento. Después presentó al Consejo de los Diez un escrito, con el cual le convenció de que la organización del ejército debía confiarse a una junta de nueve ciudadanos, dependiente del citado Consejo, que se llamó de los Nueve de la Ordenanza y de la Milicia, la cual debía ocuparse de la formación de las compañías, de la instrucción y disciplina del soldado y de que el número fijado de fuerzas permanentes estuviera siempre completo, armado, instruido y dispuesto a salir a campaña; no quedando al Consejo de los Diez otra autoridad en el ejército que el exclusivo derecho de moverlo y dirigirlo en la guerra. Maquiavelo fue el secretario y el alma de esta junta de los Nueve y a él se debe la célebre provisión de 6 de diciembre de 1506, que instituía dicha autoridad y se daban reglas para la infantería; como también la de 20 de marzo de 1512, en que se determinaba la organización de la caballería. Con estas instituciones creó Maquiavelo las bases de los ejércitos modernos, e inició el sistema que, aprovechado después por Manuel Filiberto de Saboya, hizo la gloria del Piamonte, y más tarde la de Prusia, que lo imitó. Convirtió, pues, la milicia, de oficio, en institución nacional, e introdujo atrevidísima innovación, demostrando la superioridad de la infantería sobre la caballería.

Estas reformas fueron grandemente elogiadas por sus contemporáneos, como lo acreditan, entre otros documentos, dos cartas del cardenal Soderini, llenas de patriótico entusiasmo, dirigidas, una a su hermano Pedro, y otra al mismo Maquiavelo.

Mientras ocupábase en la reorganización del ejército, fue enviado por segunda vez a la corte de Roma, el 25 de agosto de 1506, y volvió el 1º de noviembre, habiendo acompañado a Julio II hasta Imola, cuando se dirigía a la recuperación de Bolonia. Esta misión tuvo por objeto convencer al altivo y desconfiado pontífice del buen ánimo que hacia él tenían los florentinos, y de lo mucho que deseaban favorecerle en aquella empresa.

En 14 de marzo de 1507 fue a reclutar hombres para la infantería en Valditevere, Valdichiana, Chianti, y en los valles de Elsa y Cecina, estando fuera de Florencia treinta y cuatro días.

En el mes de mayo le encargaron nueva misión para el señor de Piombino; pero apenas había llegado a Volterra, recibió orden de volver, porque cesó la causa de la embajada.

Por no grave motivo le envió el Consejo de los Diez a Siena en agosto, pues el objeto era saber qué comitiva acompañaba el cardenal legado Bernardino Carvajal, a quien se esperaba en Florencia.

De más importancia fue su embajada cerca del emperador Maximiliano en diciembre de 1507, la cual duró hasta el 16 de junio del año siguiente. El objeto de ella fue llegar a un acuerdo con el emperador respecto al subsidio pecuniario que pretendía de la república, con motivo de su viaje a Italia para recibir del pontífice la corona imperial.

Maquiavelo, que era atento observador de las costumbres y condiciones de los pueblos, estudió las del alemán, y a esta época deben

referirse sus escritos titulados: *Retratos de las cosas de Alemania*; *Relación de las cosas de Alemania*, y *Discurso sobre las cosas de Alemania y acerca del Emperador*.

En agosto hizo una leva extraordinaria de infantería, llevando ésta al territorio de Pisa para devastar las campiñas y robar las mieses, y los mismos daños sufrieron los míseros habitantes de los vicariatos de San Miniato y de Pescia en octubre, por sospecha de que podían llevar socorros de víveres a Pisa.

Empleó el mes de enero y dos días de febrero de 1509 en alistar cabes y soldados en varias provincias súbditas de la república, y en 18 de febrero fue a inspeccionar el campamento de Pisa, desde donde, en marzo, se dirigió a Piombino, para tratar, por mediación de Jacobo de Appiano, de un acuerdo con los pisanos, que no pudo realizarse y, volviendo frente a los muros de Pisa, estuvo allí hasta el 8 de junio, ocupándole varios encargos relativos al feliz éxito de aquella guerra, que terminó con la rendición de la ciudad.

Fue después a Mantua para poner en manos de los comisionados del César el segundo plazo de los cuarenta mil ducados que los florentinos habían convenido entregarle para obtener la confirmación de los privilegios que sus antecesores concedieron a Florencia, y para que renunciara por completo a cuantos derechos pudiera alegar sobre la ciudad y todo el territorio de la república, especialmente sobre Pisa, que acababan de reconquistar los florentinos. Este tratado con el emperador debióse en gran parte a Maquiavelo.

De Mantua le enviaron a Lombardia con objeto de que viera de cerca la guerra que los aliados en Cambrai hacían a Venecia, e informara a la Señoría: misión que duró desde 10 de noviembre de 1509 hasta 2 de enero del año siguiente.

Durante esta comisión intentaron sus enemigos causar su ruina, y en el mes de diciembre presentaron una protesta a los conservadores de las leyes, pidiendo que le privaran de todo cargo, por ser hijo de padre bastardo, fundándose en una antigua y olvidada ley. Esta tentativa no tuvo consecuencias, consiguiendo su ineficacia, más que ningún otro, su amigo y colega Biagio de Buonaccorsi.

En marzo fue árbitro para resolver las cuestiones que, por los límites, tenían el municipio de Gargonza, dependiente de la república, y el de Armaiuolo, que correspondía a Siena: y a fines de mayo fue enviado a los vicariatos de San Miniato y de Pescia para pasar revista a las tropas y escoger los paisanos con que habían de aumentarse aquéllas.

Era para la Señoría muy importante tener una persona de su confianza cerca del rey Luis XII, el principal aliado de los florentinos, y en quien más que en otro alguno confiaban. Vacante el cargo de embajador residente encargaron a Maquiavelo que interinamente lo desempeñara hasta el nombramiento del nuevo y, yendo a reunirse con la corte francesa en 24 de junio, la acompañó a Blois y a Tours, volviendo a su patria el 19 de octubre.

14

A este tercer viaje que hizo a Francia debe referirse sin duda el opúsculo titulado *Retrato de las cosas de Francia*, porque duró más que los anteriores y tuvo más tiempo y espacio para enterarse de los hombres y de las cosas.

Ocupadísima fue su vida desde noviembre de 1510 hasta fin de mayo de 1511, siendo primero embajador en Siena; destinado después a alistar tropas de infantería y caballería y comisionado en Pisa, en Arezzo y en Poggibonsi, para inspeccionar y poner en buen estado estas fortalezas. Estuvo en Mónaco desde el 11 de mayo al 5 de junio, con encargo de ajustar un tratado de amistad con Luciano Grimaldi, señor de dicha ciudad, y desde el 24 de agosto al 7 de septiembre, recorrió el Valdarno superior, la Valdichiana y el Casentino para reclutar hombres hábiles en pelear a caballo.

Apenas hacía cuatro días que estaba de vuelta en Florencia, cuando fue apresuradamente a Lombardía a fin de conferenciar en Milán con el embajador de Luis XII y seguir después a Blois, para tratar directamente con dicho monarca. El objeto de esta misión consistía en intentar, si era posible, que no se reunieran en conciliábulo los cardenales enemigos del papa Julio II en Pisa, donde la república florentina les había dado hospitalidad, conociendo que, por tal causa, se atraía la venganza del implacable pontífice. No logró Maquiavelo el objeto de su misión, y al volver a Florencia el 2 de noviembre, le ordenaron el mismo día que fuera a Pisa y persuadiera a los prelados a partir de allí, consiguiéndolo más que con argumentos, con el buen golpe de tropas que, a pretexto de defender a los cardenales, pero en realidad para asustarles, hizo entrar en la ciudad, y más aún porque la falta de víveres obligaba a los prelados a privaciones ajenas a sus costumbres.

Dada cuenta de esta misión el día 11, fue a la Romaña el 2 de diciembre para alistar infantería, y con igual objeto recorrió gran parte del estado florentino desde mayo a agosto de 1512.

Entretanto, maduraba la venganza de Julio II, y caía tremenda sobre la república florentina. Comenzó por intimarla que eligiera entre la alianza con el rey de Francia, o la adhesión a la liga hecha contra los franceses por España, Inglaterra y Venecia, que llamaba la Liga Santa. Negóse a esto el confaloniero perpetuo Pedro Soderini, fiel al juramento prestado a su aliado el rey de Francia, y el pontífice envió a Toscana un ejército español, al cual acompañaba el cardenal Médici, como legado del Papa. Este ejército tomó y saqueó a Prato, y animó a los partidarios de los Médici en Florencia para tramar una conjuración que expulsó al confaloniero y restableció la supremacía de aquella familia.

Maquiavelo no estaba entonces en Florencia, y Soderini no pudo aconsejarse de él, como acostumbraba en los casos difíciles. Fue, por tanto, ajeno a estos sucesos, que cambiaron la situación política y tuvieron para él dolorosas consecuencias. El nuevo gobierno le privó, en 8 de noviembre, del cargo de secretario de la segunda Cancillería de los Señores, y del que ejercía en el Consejo de los Diez. Por otro decreto del día 10 le confinaron durante un año dentro del perímetro del territorio de la república, y por otro del 17 se le prohibió entrar también durante un año dentro del palacio de la Señoría, prohibición que, por especiales circunstancias, fue muchas veces interrumpida, pero siempre con autorización especial del Colegio de los Priors.

Más grave contratiempo le ocurrió al año siguiente, porque, descubierta la conjuración de Pedro Pablo Boscoli y Agustín Capponi, contra la vida de Julián y Lorenzo de Médici, fue Maquiavelo preso

por sospechas de ser uno de los conjurados, y sufrió tortura de seis tratos de cuerda, estando algunos días con grillos en los pies.

Era inocente del delito que se le imputaba, y León X, elegido Papa entonces, apenas supo su prisión, ordenó que lo pusieran en libertad. Es probable que también se interesara en su favor Julián de Médici, pues a él dirigió Maquiavelo los dos sonetos escritos en la cárcel.

Al salir de ella se retiró a su posesión en San Casciano, donde transcurrió la segunda parte de su vida.

En la primera, consagrada exclusivamente, como se ha visto, a los negocios públicos, la superioridad de su entendimiento sólo puede apreciarse en la correspondencia que mantenía con el gobierno al darle cuenta de las misiones que le eran confiadas, y en las cuales puso de manifiesto su admirable sagacidad. Recobrado el poder por los Médici y privado Maquiavelo de cargo público aplicó la actividad de su espíritu a escritos literarios y políticos, porque sus anteriores ocupaciones apenas le dejaron tiempo para escribir algunas obras poéticas. La primera de éstas fue un poema titulado *Decenale primo* que compuso a la edad de treinta y cinco años, en 1504, poema dedicado a cantar los infortunios de su patria, *labores italicos*, según dice en una dedicatoria latina.

Es, pues, el *Decenale primo* una historia versificada de Italia desde 1494 hasta 1504, época de grandes sucesos y lamentables catástrofes, que señala el fin de su independencia; una crónica rimada en que no queda espacio para lucir la imaginación, aunque en los versos se advierte una poesía no exenta de originalidad, predominando el odio a la dominación extranjera y el más exaltado amor a la independencia de su querida Italia. Quiso Maquiavelo imitar el ~~verdero~~ colorido del estilo dantesco, y empleó la misma metrificacón de Alighieri, la *terza rima*.

Dejó sin terminar la segunda parte del *Decenale*, donde en el mismo estilo y forma proyectaba referir los acontecimientos ocurridos desde 1504 a 1514, y también ha quedado incompleto otro poema titulado el *Anno de oro*, cuyo plan y pensamiento dominante apenas se advierten en los ocho cantos que de él existen, por ser una alegoría llena de alusiones hoy incomprensibles.

Cinco o seis composiciones más: *La ocasión*, ingeniosa alegoría imitada de un poeta de la antigüedad; *La Fortuna*, *La Ambición*, *La Ingratitud*, en que los pensamientos morales están expresados en forma verdaderamente poética; una serenata amorosa, imitación de la poesía de Ovidio *Vertumne*, y, finalmente, los *Cantos de Carnaval*, forman la obra poética de Maquiavelo, en la cual resplandece más la razón que la imaginación. Por ello, y a pesar de su manifiesto propósito de imitar a Dante, su nombre como poeta quedaría oscurecido entre los de aquel tiempo, a no haber escrito una comedia —*La Mandrágora*—, que con justicia es apreciada como una de las obras más perfectas del arte dramático en los tiempos antiguos y modernos. «Si la licencia no deshonor su belleza —dice Avenel, refiriéndose a esta comedia—, me atrevería a afirmar que no hay nada más perfecto, ni en Aristófanes, ni en Shakespeare, ni en Molière; y lo más digno de admiración, es que esta obra maestra puede

considerarse, por su fecha, la primera de las comedias modernas, determinando a la vez, ¡cosa inaudita!, el renacimiento del teatro cómico y su perfección.»

Otras tres comedias dejó escritas Maquiavelo: una titulada *Clizia*; otra en verso, cuyo manuscrito no tenía título, y otra en prosa, también sin título, del mismo género de *La Mandrágora*, aunque de menos mérito y más licenciosa. *Clizia* es imitación, y a veces copia, de la *Casina* de Plauto. La comedia en verso es la menos buena, pues desde luego repugna a la verdad escénica poner en la Roma pagana una acción destinada a reproducir las costumbres de Florencia en el siglo xv.

Pero las poesías, las comedias, el divertido cuento *Belfegor*, que también escribió durante esta primera parte de su vida, no son para Maquiavelo más que distracciones con que entretenía su ingenio, mientras se ocupaba de los negocios públicos más importantes. El verdadero trabajo de su talento está en su correspondencia con el gobierno.

Dijimos al principio de esta reseña que no es ahora momento de juzgar a Maquiavelo como escritor político. No trataremos, pues, ni de esta correspondencia, que tanta luz proyecta sobre los sucesos de su época, ni de sus célebres obras tituladas *El príncipe* y *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. La verdadera índole de estas obras, relacionada con las costumbres públicas y políticas de los tiempos en que fueron escritas, será objeto de la segunda parte de este estudio.

No sin gran pesar dejó Maquiavelo las ocupaciones políticas para dedicarse a las literarias; pero tan pronto como volvieron los Médici a Florencia, por decreto de 8 de noviembre de 1512, fue privado, según hemos dicho, de su cargo de secretario del consejo. Había tomado parte muy activa en la resistencia popular, y por su talento era peligroso enemigo; los vencedores tuvieron, pues, empeño en perseguirle como a otros muchos florentinos importantes, para lo cual sirvió de motivo o pretexto la conjuración descubierta contra los Médici, de que antes hicimos referencia. Lo que buscaban los gobernantes entonces no era tanto castigar al conspirador como hacer callar al temible político, y esto lo consiguieron.

Cuando salió de la prisión retiróse a una pequeña finca que había heredado de su familia, y describe en una curiosa carta a su amigo Francisco Vettori cuál era su vida en este retiro.

«Vivo en esta finca mía, le dice y, desde los últimos sucesos políticos, no suman veinte los diferentes días que he estado en Florencia. Hasta ahora cazo tordos. Levántome antes de amanecer; preparo las varetas de liga, y salgo de casa con un montón de jaulas a la espalda, parecido a Gete¹ cuando vuelve del puerto con los libros de Anfitrón.

»La caza es de dos a siete pájaros, y así he pasado todo septiembre. Aunque extraña y poco divertida, siento que me haya faltado esta distracción.

»Mi vida actual es la siguiente: me levanto antes de salir el sol y voy a un bosque que he mandado cortar. Paso allí dos horas viendo el trabajo del día anterior y conversando con los leñadores,

¹ Personaje de comedia.

que siempre tienen alguna cuestión pendiente, o entre sí, o con los vecinos.

»Cuando me aparto del bosque voy a la fuente, y desde allí a donde tengo los aparatos de cazador de pájaros, con un libro bajo el brazo, Dante, Petrarca u otro poeta de menos categoría; Tibulo, Ovidio u otro semejante. Leo sus apasionados amores, recuerdo los míos, y paso algún tiempo complacido con estas ideas.

»De allí voy por el camino a la hostería, y hablo con los que al paso encuentro, preguntándoles noticias de su país. Oigo diferentes cosas, advierto distintos gustos y diversas imaginaciones. Cuando llega la hora de comer, lo hago con mi brigada de trabajadores, alimentándome con lo que mi pobre finca y escaso patrimonio me producen. Después de comer vuelvo a la hostería, donde ordinariamente encuentro al posadero, un carnicero, un carbonero y un ebanista. Con ellos me encanallo durante el resto del día jugando al chaquete, que ocasiona mil disputas y disgustos con acompañamiento de palabras injuriosas, todo, las más de las veces, por un ochavo, lo que no impide que oigan nuestros gritos en San Casciano. Sumido en esta villanía impido que enmohezca mi cerebro, y contemplo cara a cara mi mala fortuna, satisfecho de que me pisotee, para ver si se avergüenza.

»Llegada la noche, vuelvo a casa. Antes de entrar en mi gabinete, me quito el traje de campo, sucio y enlodado, y decentemente vestido me presentó ante los hombres de la antigüedad. Acogido amorosamente por ellos, satisfago mis necesidades intelectuales con este alimento, el único que me conviene y para el cual he nacido. No temo, pues, conversar con ellos y pedirles cuenta de sus actos, porque siempre me responden cortésmente. Durante cuatro horas no sufro ningún enojo, olvido las penas, y ni la pobreza me asusta ni me espanta la muerte.»

En esta carta es donde, impulsado, según dice, por la miseria que teme llegue a hacerle despreciable, pide a Vettori que le recomiende a los Médici para que le den algún cargo, aunque sea el de *hacerle rodar una piedra*.

En 1519, siete años después de la vuelta de los Médici a Florencia, murió Lorenzo de Médici. Este suceso hizo a los florentinos pensar de nuevo en su libertad. León X, que no tenía sucesor para su sobrino, y deseaba, sin embargo, conservar en Florencia la autoridad de su familia, pidió a Maquiavelo que le expusiera sus ideas acerca de las instituciones que convendría establecer para la prosperidad del estado.

Documento por demás curioso es la memoria que con este motivo escribió Maquiavelo, y que en la colección de sus obras lleva por título *Discurso al Papa León X*.¹ En no pocos sitios de este escrito se ve claro el embarazo de Maquiavelo, que desea la república, aconsejando a un príncipe que quiere la monarquía; y la moral de aquel tiempo se manifiesta sin pudor alguno en los consejos de fraude que el publicista da al Papa. Declara primero Maquiavelo

¹ Se trata del *Dictamen sobre la reforma de la Constitución de Florencia*, incluido en esta edición. (Nota del editor.)

que sólo la república es posible en Florencia; pero apresúrase a añadir: «Verá Vuestra Santidad que en mi proyecto de república, no sólo conservo íntegra su autoridad, sino hasta la aumento». Y más adelante añade: «Si examino estas diversas instituciones, en vida de Vuestra Santidad y de monseñor el Cardenal (el primo de León X), veo una verdadera monarquía, porque tenéis la iniciativa de las leyes, y no sé qué es lo que puede desear de más un jefe de estado». Además, Maquiavelo atribuye exclusivamente a los dos Médici el nombramiento de magistrados para el Consejo de los Sesenta y cinco, el de los Doscientos y el de la Balía. En cuanto a los cargos inferiores, cuya elección reserva exclusivamente al pueblo representado por el *Consejo de los Mil*, dice seriamente Maquiavelo a León X que podrá igualmente escoger a los que juzgue más a propósito. «Y para que vuestros partidarios, añade, tengan seguridad de estar en las bolsas¹ cuando se trate de apelar a los sufragios en el Consejo, Vuestra Santidad puede designar ocho escrutadores, que, contando los votos secretamente, puedan hacer recaer la elección en quienes ellos quieran.» No es posible expresarse en términos más claros. Lo dudoso, dice Avenel, es que el pueblo florentino, al cual presenta Maquiavelo celoso de su libertad, consintiera tal superchería, ni que Maquiavelo la aconsejara, no digo lealmente, porque de esto no se cuidaba, sino lógicamente, después de haber mostrado algunas páginas antes que uno de los vicios que contribuyeron a la caída del antiguo régimen en Florencia fue «no tener el pueblo en el gobierno la participación que le correspondía y hacerse los escrutinios de modo que era fácil cometer fraude en ellos».

No se sabe, pues, a quién quiere engañar Maquiavelo en este opúsculo, si a León X o al pueblo florentino.

Muerto Lorenzo, fue Maquiavelo mejor acogido por los Médici. El cardenal Julio, que quedó al frente del gobierno de Florencia, le encargó escribir la historia de su patria, señalándole una pensión para este trabajo.

La *Historia de Florencia*, pagada por los Médici, no es obra ni de un cobarde adulador de esta casa, ni de un enérgico defensor de la libertad de Toscana. En ella prueba Maquiavelo más habilidad que valor, porque no condena ni a los defensores de la libertad ni a sus opresores. El mismo nos dice los convenios que hacía con su propia conciencia de historiador. En 1524 escribía a Guicciardini, que estaba entonces al servicio de León X:

«Llegado a punto de narrar ciertas particularidades, desearía saber de vos si no corro riesgo de incurrir en desagrado realizando o rebajando los acontecimientos. De todos modos, procuro aconsejarme de mí mismo escribiendo de modo que, sin dejar de decir la verdad, nadie pueda quejarse de mí.»

Difícil es adivinar lo que sea una veracidad tan prudente, y cómo, refiriendo sucesos contemporáneos, se puede contentar a todo el mundo.

«Juzga en esta obra, dice Lord Macaulay, a Cosme, Pedro y Lorenzo de Médici, con una libertad e independencia tan completas

¹ Las bolsas electorales equivalían entonces a lo que hoy son las urnas electorales.

que así hacen honor a quien la escribió como a quien la mandó escribir; que las miserias y las humillaciones de la dependencia, el pan más amargo y la escalera más penosa de subir no fueron parte a degradar a Maquiavelo, así como tampoco el puesto más corruptor, en un ejercicio corrompido, lograron pervertir el noble corazón de Clemente VII.

»Por lo demás, esta historia no parece ser fruto de lento trabajo y prolongadas investigaciones; carece de exactitud, pero está elegantemente narrada, y es pintoresca por extremo y animada cual ninguna otra escrita en lengua italiana, y leyéndola se recibe una impresión más viva y fiel de las costumbres y del carácter nacional que pueden dar las relaciones más correctas. Acontece así porque antes pertenece la obra de Maquiavelo a la literatura antigua que no a la moderna, y porque no tanto se halla escrita a la manera de Dávila y de Clarendon, como a la de Heródoto y de Tácito. Diríase por esto que las historias clásicas son novelas basadas en hechos, porque si bien la relación está estrictamente ceñida a la verdad en todo lo principal, los pequeños incidentes, que tanto interés añaden a los hechos de más cuenta, las palabras, las acciones, las miradas, evidentemente son debidas a la imaginación del autor.

»En nuestros días se hace de otro modo: el escritor da una relación más exacta; pero no está todavía puesto en claro que quien lee reciba nociones más precisas por eso. Por lo que a nosotros respecta, diremos que, a nuestro parecer, son los mejores retratos aquellos que adolecen de alguna exageración, y no estamos muy seguros de que las mejores historias no sean aquellas en las cuales se emplea en cierto modo y hasta cierto punto alguna parte de ficción; porque si bien es verdad que la exactitud pierde algo no lo es menos que el efecto gana mucho en ello, descuidando un poco las líneas secundarias para que los rasgos característicos se graben y queden para siempre fijos en la memoria.

»Termina la historia con la muerte de Lorenzo de Médici. Parece que Maquiavelo se proponía continuarla; pero acabó su proyecto con su vida, y Guicciardini fue quien tomó sobre sí el triste cargo de narrar la historia de la desolación y de la ignominia de Italia.»¹

Maquiavelo divide su historia de Florencia en ocho libros. El primero, escrito en un estilo que por la rapidez, claridad y precisión sólo puede compararse al de Tucídides, es un cuadro admirable de los acontecimientos que quebrantaron y destruyeron el imperio romano, fundando sobre sus ruinas nuevas naciones y de los trastornos que sufrió Italia hasta llegar a la situación en que se encontraba en tiempos del autor. Este vastísimo panorama es el único en que tantos sucesos y tan distintos períodos aparecen admirablemente distribuidos en orden perfecto, con distinción juiciosa de las pequeñas y las grandes cosas, uniendo perfectamente a las causas sus resultados, a los principios las consecuencias. El método en la narración no puede ser más luminoso, ni la exposición más rápida.

¹ Guicciardini: *Historia de Italia*, traducida al castellano por el rey D. Felipe IV.

Ningún otro historiador de Florencia refiere con más fidelidad los frecuentes trastornos que ocasionaban las facciones, y aunque a veces la multiplicidad de los detalles fatiga la atención, la verdad de la narración y el interés de los resultados hacen olvidar este defecto.

El libro segundo recuerda la fundación de Florencia, su rápido crecimiento por las colonias romanas que allí se establecieron y la importancia de las colonias en la antigüedad. Termina este libro con la humillación del partido de los nobles.

En el tercero, antes de poner de manifiesto las consecuencias de este suceso, refiere el historiador los males que resultan en todas las repúblicas del choque de los partidos aristocráticos y popular, comparando los efectos de esa lucha en la antigua Roma y en Florencia.

El cuarto libro comienza con graves consideraciones sobre la suerte de las repúblicas que, teniendo un vicio de constitución, pasan frecuentemente de la libertad a la licencia.

Al principio del quinto libro hace observar los cambios que todos los estados sufren, y las alternativas continuas del bien al mal.

La historia, propiamente dicha, de la república florentina la empieza Maquiavelo en el año 1205, y llegó a 1494. Aunque la segunda parte de esta obra sea algo inferior a la primera, tiene para la posteridad un interés inmenso, pues en ella se ve la clave y el plan de la política de los Médici.

Se censura en Maquiavelo la frialdad, la indiferencia con que narra los sucesos, merezcan elogio o vituperio, sin calificarlos y fijándose sólo en la importancia de las consecuencias; pero esto no dependía tanto de su carácter, como del deseo de aparecer imparcial, porque el mismo defecto se echa de ver en la clásica *Historia de Italia*, de Guicciardini, donde ya no se refieren las luchas entre italianos, sino la destrucción de la libertad e independencia de Italia por extranjeros, y cabía mejor que en la *Historia de Florencia* la expresión del patriotismo contra los invasores.

Además, Maquiavelo, al escribir esta *Historia*, luchaba con una dificultad casi insuperable, que sólo su genio pudo vencer. Era enemigo de la política y de la casa de los Médici, y la escribía por orden y a costa de un Médici. No podía, pues, inclinarse en sus juicios y apreciaciones, ni en favor ni en contra de los Médici, y prefirió, haciendo exacta narración de los sucesos, dejar al lector el cuidado de estimar la moralidad de las acciones.

Además de las obras ya citadas, escribió Maquiavelo la titulada *El arte de la guerra*, en que, en forma de diálogo, trata de la organización de los ejércitos y pone de manifiesto la ventaja de la infantería, arma que en la Edad Media, y aun en el siglo XVI, no fue tan estimada como la caballería.

Sin duda por los conocimientos que demostró en estas materias, el papa Clemente VII le encargó, en unión de algunos arquitectos militares, la restauración de los muros de Florencia, y después le envió a las órdenes de Francisco Guicciardini, comisario del Papa en el ejército de la liga de los estados italianos contra el emperador Carlos V. Estas ocupaciones apenas dieron alimento a su extra-

ordinaria actividad, ni sus trabajos impidieron el asalto y saqueo de Roma por el duque de Borbón en 1527, año en que dejó esta vida el célebre florentino.

No es cierto que muriera, como, según Varchi, creyeron muchos, de pesar, al ver que era preferido un escritor de poco valer, Donato Giannotti, para el cargo de secretario de estado, que Maquiavelo esperaba desempeñar nuevamente; porque su muerte fue anterior al nombramiento de Giannotti. Otros dijeron que había sido envenenado, sin duda por el contenido de la siguiente carta que uno de sus hijos escribió a Francisco Nelli, profesor en la Universidad de Pisa.

«Con lágrimas en los ojos os digo que el 22 de este mes, nuestro padre Nicolás ha muerto de dolores de entrañas, causados por un medicamento que tomó el día 20. Confesó sus pecados con el P. Mateo, que le ha acompañado hasta el último momento. Ya sabéis que nuestro padre nos deja en gran pobreza.»

No puede deducirse de esta carta si la muerte de Maquiavelo causada por la medicina que tomó, fue un hecho casual o meditado envenenamiento.

Estuvo Maquiavelo casado con una hija de Luis Corsini, llamada María, de la cual tuvo cinco hijos: Pedro, autor de la citada carta, que fue caballero de San Juan de Jerusalén; Guido, que entró en un monasterio; Bernardo y Luis, cuya suerte se ignora, y una hija, Baccia, que casó con Juan de Ricci.

Era Maquiavelo de mediana estatura, color cetrino y carácter seco. Su fisonomía, dura, pero de extraordinaria distinción, anunciaba una energía inflexible. Su conversación era amena, pero en las relaciones privadas usaba un tono dominante, que desaparecía al tratar de los asuntos e intereses políticos.

Dos siglos y medio pasaron sin que nadie pensara en tributar honra alguna a su memoria en Florencia, cuando en 1787, un gran señor inglés, lord Nassau-Clavering, conde de Cowper, le hizo construir un mausoleo con esta inscripción:

«Tanto nomini nullum par elogium: Nicolaus Machiavelli obit, anno A. P. V. MDXXVII.»

En tiempos posteriores han sido tributados a la memoria de Maquiavelo públicos honores. Cuando Italia llegó a ser una y libre, pagó su deuda al insigne florentino, que siempre aspiró a la unidad y a la libertad de su patria. El 3 de mayo de 1869 se celebró con gran pompa en Florencia el centenario de Maquiavelo, siendo puesta en la casa donde vivió y murió una lápida de mármol con esta concisa y enérgica inscripción:

«A Maquiavelo, precursor audaz, inspirado, de la unidad nacional; al primero que enseñó a su patria a servirse de sus propias armas.»

Todo el sistema político de Maquiavelo está expuesto en sus tres obras, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, *El príncipe* y *El arte de la guerra*. En las tres domina la misma idea fundamental y, b: este concepto, podrían formar una sola. En la

primera y principal de ellas está la sustancia de las otras dos, y resulta ser la expresión más completa de sus ideas acerca de la organización de los estados, basada en la libertad, en la igualdad ante la ley y en la participación de todas las clases en el gobierno. *El príncipe*, escrito con el especial objeto que más adelante expon-dremos, enseña cómo se forma una monarquía nueva y absoluta para lograr con ella la unidad e independencia de la patria, y en *El arte de la guerra* se explica cómo debe ser armado el pueblo para defender su unidad y su independencia. En todas tres discurre con frecuencia Maquiavelo teóricamente y en términos generales, pero siempre con la mira de aplicar sus doctrinas a los intereses espe-ciales de Italia.

Este propósito evidente añade al valor científico de las tres citadas obras una importancia histórica y práctica que dificulta juz-garlas con imparcialidad, porque el juicio ha de formarse teniendo en cuenta la situación de Italia al terminar la Edad Media y la trans-formación que en ella y en Europa ocasiona el Renacimiento en las postrimerías del siglo xv y en las primeras décadas del xvi.

Durante la Edad Media, la política en Italia se limita a la lucha de preponderancia entre el pontificado y el imperio. Güelfos y gibelinos pelean porque el emperador se someta al Papa o porque el poder temporal del sacro romano imperio quede emancipado del espiritual del pontífice.

La lucha en el terreno de la ciencia no es menos ardiente que en el de la política, y expuestas las ideas en el idioma latino, uni-versal entonces entre las personas cultas, la cuestión de supremacía de los poderes espiritual o temporal traspasa los límites de las na-ciones y se generaliza en Europa.

El tratado de *Regimene principum*, escrito en parte por Santo Tomás, defiende la dependencia en que deben estar el emperador y la sociedad laica, del Papa y de la iglesia católica, fundándose en ser la autoridad del pontífice la única que directamente procede de Dios, mientras el emperador sólo representa el derecho, las leyes y la fuerza puramente humana y terrenal. El emperador era la luna que carece de luz propia, teniendo sólo la reflejada del sol, esto es, del poder pontificio.

En dicha doctrina política, cuyo objeto es el triunfo de la re-ligión, tiene necesariamente la moral una parte esencialísima. Los escritores de esta escuela acuden a argumentos abstractos y metafí-sicos, desdeñando el examen de los hechos sociales e históricos, cuyas causas, al suprimir el elemento humano, buscan exclusivamente en la voluntad de Dios. Las transformaciones en la sociedad laica tienen para ellos escasa importancia y menos aún la antigüedad pagana, en la cual sólo ven errores dignos de severa censura.

Frente a esta escuela aparece después la gibelina, defensora de la independencia entre los poderes espiritual y temporal, no del estado propiamente dicho, es decir, la nación, porque siendo la iglesia y el imperio poderes igualmente universales, la idea de nacionalidad no se conoció en la Edad Media.

Al frente de los escritores gibelinos figura Dante Alighieri con su libro *De Monarchia*, donde establece el fundamento de la sociedad

humana en el derecho, dándole valor propio y divino por dimanar de un atributo de Dios, la justicia. Por esa vía hace derivar el poder imperial de Dios, independiente de hecho de el del Papa, que sólo atañe a lo espiritual. Empleando Dante la misma forma silogística que los partidarios de la escuela teológica, defiende el imperio universal con carácter, autoridad y fuerza propias, no reflejadas del carácter, autoridad y fuerza de la iglesia universal; pero de sus principios y de la nueva tendencia de emancipar la sociedad laica nace, sin que el autor se diese cuenta de ello, la destrucción del imperio universal y la formación del estado nacional moderno, hasta el punto de poder decirse que Enrique VII, en cuyo favor escribía Dante, fue el último de los emperadores de la Edad Media.

No se detuvo la escuela gibelina en los límites que le marcaba Dante. Otro escritor, por cierto sacerdote, Marsilio de Padua, en su obra *Defensor pacis*, pretende someter la iglesia al imperio defendiendo que el emperador ha de tener derecho a convocar concilios y a deponer obispos y hasta papas, quienes deben depender de él. Marsilio distingue el poder legislativo del ejecutivo y concede aquél al pueblo, pues los proyectos de leyes redactados por pocos hombres sabios han de ser aprobados por sufragio universal, verdadera base, así del imperio como de la iglesia. La monarquía de Marsilio es una república casi representativa, en la cual el pueblo tiene derecho a nombrar al presidente y también la facultad de desposeerle de su cargo. La autoridad de la Iglesia reside en la universalidad de los creyentes y en las Sagradas Escrituras, sin que tenga poder coercitivo contra el estado ni aun contra los herejes, a quienes sólo debe amenazar, si profesan ideas peligrosas, con las penas eternas del infierno. Únicamente el emperador tiene facultades para castigarlos si son dañinos a la sociedad.

Marsilio de Padua se hace ya la pregunta de si la monarquía debe ser universal o formarse de diferentes estados, conforme a las condiciones geográficas y etnográficas de los pueblos; pero contesta con la evasiva de que éste no es el objeto de su libro *Defensor pacis*. No puede, pues, considerarse dicha pregunta como descubrimiento del principio de las nacionalidades.

La escuela gibelina, a pesar de la audacia de sus mantenedores, no logró librarse del método escolástico y teológico y fue siempre en busca de un gobierno ideal y metafísico, sin estudiar especialmente sociedad alguna, para ver el que fuese, en un caso concreto, preferible y práctico, porque aspiraba a una forma inmutable de gobierno perfecto, aplicable a todos los pueblos sin consideración alguna y sin limitación de lugar y de tiempo

La ciencia política de la Edad Media desaparece durante el siglo xv, sucediéndole otra distinta en el fondo y en la forma, porque no sólo cambian las ideas de los hombres, sino hasta la sociedad. A la escolástica sucede la erudición, y la autoridad universal de la iglesia y del imperio son ya recuerdos de pasados tiempos.

Las repúblicas italianas, que en su origen eran asociaciones mal constituidas bajo la dependencia de la iglesia o del imperio, empiezan a transformarse evidentemente por la prudencia, astucia, dobléz y valor de quienes las dirigían; logran poco a poco ser indepen-

dientes y conviértense al fin en principados de tiranos que acaban con la libertad y cometen toda clase de delitos.

A pesar de esto, dichos principados son los primeros modelos de los estados modernos, y en ellos se convierte en hechos la nueva política, antes de que la ciencia lograra formularla. Al mismo tiempo el estudio de las instituciones antiguas, especialmente de la historia de Roma, ayudaba a explicar conceptos que tenían ya realización práctica.

La ciencia de la Edad Media no desaparece en absoluto, y, desde los claustros donde se oculta, infiltra algunas de sus ideas en la nueva ciencia política del siglo xv, la cual admite como principio axiomático que el mejor gobierno es el de uno solo, cuando éste es bueno; pero, si es malo, resulta pésimo. La perfección consiste en la unidad, había dicho la escolástica, y con mayor énfasis lo repetía el neoplatonismo de Ficino. Como hay un solo Dios en el universo, un solo sol en el sistema planetario, una sola cabeza en el ser humano y en los animales, de igual modo la unidad es necesaria en la sociedad y ésta la encuentra en un buen monarca, casi imagen de Dios y piedra angular de un régimen perfecto de gobierno. La idea del príncipe perfecto la expone también Savonarola en su tratado *Del Reggimento del governo della città de Firenze*; pero, alegando que, por el agudo ingenio de los florentinos, el tirano sería peor en Florencia que en ninguna otra parte, sostiene que sólo el régimen republicano es aplicable a aquel pueblo y puede dar buenos frutos, siendo en aquella ciudad el gobierno deseado por Dios. Y sin más teorías ni razonamientos abstractos pasa seguidamente a determinar cómo debe organizarse la república. Hacía esto Savonarola porque era fraile y luchaban de continuo en su ánimo los principios de la Edad Media y los del Renacimiento; pero sus contemporáneos adoptaban las nuevas ideas, procurando realizar sin preocupación alguna lo que era practicable.

La literatura de los humanistas formó, con los ejemplos tomados de la antigüedad, una nueva educación intelectual que condujo inevitablemente a apreciar los hechos sociales como puramente humanos y naturales. Los escritores políticos no daban ya por única explicación de todos los sucesos la voluntad de Dios, atribuyendo muchos de ellos a la índole de los hombres, a sus vicios y virtudes. Pero los libros políticos de los eruditos de esta época, más que verdaderos tratados científicos son florilegios de frases clásicas relativas a las virtudes y vicios de los hombres en general y de los príncipes en particular. Sirvan de ejemplo el tratado *De Principe* de Pontano y el diálogo *De infelicitate principum* de Bracciolini.

La nueva ciencia política empezó a formarse en las cartas y relaciones de los embajadores y de los diplomáticos que en el último decenio del siglo xv y en el primero del xvi se multiplican por modo verdaderamente singular. Los despachos de Fernando de Aragón que llevan la firma de Pontano; los de los embajadores florentinos, cuando la invasión de Carlos VIII; las célebres relaciones de los embajadores venecianos, como casi todos los escritos diplomá-

ticos de los gobiernos y de sus representantes, revelan un mundo nuevo. Los autores de estos documentos abandonan la lengua latina, olvidan la escolástica, observan y estudian a los hombres y las instituciones políticas con maravillosa agudeza y la más consumada experiencia, indagan las causas de los acontecimientos y de la conducta de los hombres de estado con verdadero método inductivo, experimental, que en todos se halla, sin que pueda decirse quién lo haya inventado, porque en realidad aparece en todas las naciones. Encuéntrense de vez en cuando en estos escritos algunas ideas generales que son siempre de admirable evidencia y prueban sagacísima penetración; pero en seguida se vuelve a la narración de los hechos urgentes, al examen de las noticias que son constante tema de tales escritos, los que puede decirse constituyen ya la nueva ciencia y el método, aunque aparezcan en retazos sueltos y como demandando quien quiera reunirlos.

Imposible era que no surgiese un compilador de esta dispersa doctrina, nacida en medio de la realidad de la vida, como consecuencia inevitable del nuevo modo de observar y conocer el mundo, doctrina que, para mostrarse en todo su esplendor, sólo esperaba ser científicamente ordenada y expuesta. Así fue que apareció como repentinamente formada por completo cuando en rigor había tenido larga y laboriosa preparación.

Los tratadistas de esta escuela son en Italia, Guicciardini y Maquiavelo. En las obras políticas de Francisco Guicciardini están definidas y descritas las nuevas ideas mejor que en las de Maquiavelo, porque éste, con la originalidad característica de su genio, introduce en ellas un elemento personal mientras Guicciardini da forma clara y precisa a las doctrinas dominantes en su época, desarrollándolas, ordenándolas y enriqueciéndolas con los resultados de su prodigiosa experiencia, con su gran conocimiento de los hombres y de los negocios y con una exactitud en la observación, recuerdo y referencia de los hechos a que no llega el mismo Maquiavelo, preocupado con la demostración de sus propias teorías y la persecución de sus ideales.

Maquiavelo es un observador menos paciente, menos preciso, menos seguro que Guicciardini, pero tiene el don singularísimo de fijarse inmediatamente en el hecho capital entre la multitud de los que a su vista aparecen. Cuando habla de Suiza, Francia o Alemania, no escapa a su penetración ninguno de los datos verdaderamente importantes, políticos y militares de estos pueblos, y, estudiando lo que es de actualidad, indaga las probabilidades del porvenir, cosa que nunca hacía Guicciardini, por considerarlo ocioso.

26 Tales eran los precedentes y el estado de la ciencia política en Italia cuando Maquiavelo escribió sus tres obras antes citadas en los años de forzoso retiro por la caída del gobierno republicano en Florencia, y el restablecimiento del poder de los Médici.

La influencia de esta familia era preponderante en tiempo del Papa León X, y hubo el proyecto, o al menos el pensamiento, de crear un estado poderoso para uno de los sobrinos del pontífice, Julián o Lorenzo, uniendo al efecto Parma, Módena, Piacenza y Regio.

Había admirado y ensalzado Maquiavelo a César Borja por su intento de formar un gran estado en la Italia central, uniendo a la Romaña los principados y repúblicas limítrofes, porque veía en esta empresa el principio de la unidad italiana. Debía lógicamente entusiasmarle el proyecto de organizar un estado nuevo, poniendo al frente de él un príncipe nuevo, en condiciones, por la influencia de su familia, de hacer lo que causas ajenas a su voluntad impidieron realizar a César Borja.

Ciertamente las ideas republicanas de Maquiavelo no se acomodaban bien al intento de la formación de un reino y al establecimiento de un régimen monárquico absoluto; pero debe tenerse en cuenta que las repúblicas italianas en su época distaban tanto como la monarquía del ideal republicano de Maquiavelo, por estar organizadas de manera que, en realidad, eran la tiranía de una ciudad sobre otras muchas ciudades y pueblos de comarca más o menos extensa, y escritores tan imparciales como el florentino Guicciardini reconocían y confesaban mejor vivir bajo el gobierno absoluto de un príncipe, el cual, al menos, trataba de igual modo a todos sus súbditos, que en una república que en la práctica significaba la explotación de varios pueblos por una ciudad privilegiada. La forma de gobierno debía ser para Maquiavelo cosa secundaria y puramente doctrinal ante la idea de que llegara a ser Italia un grande y poderoso estado, capaz del esfuerzo necesario para arrojar de su seno a los invasores extranjeros. Quería la libertad y la igualdad ante la ley y la intervención en el poder de todas las clases del estado; pero ante todo y sobre todo, quería la unidad nacional italiana.

Además de este patriótico pensamiento movióle a escribir su tratado de *El príncipe* el deseo de mejorar su precaria situación personal, y de esto no cabe duda, porque claramente lo dice en la carta que en 10 de diciembre de 1513 escribió a su íntimo amigo Vettori. En ella pide que los Médici le ocupen en algo, le den cualquier cargo, por humilde que sea, y acaso *El príncipe* tuvo por principal objeto hacerles comprender su suficiencia para consejero de un soberano nuevo. Así lo indica su intención de dedicar la obra a Julián de Médici, y cuando éste murió, antes de que pudiera ofrecérsela, hacer la dedicatoria a Lorenzo y expresar en la misma el deseo de que tuviera en cuenta su mísero sueldo.

El príncipe que describe Maquiavelo en este libro es realmente un príncipe italiano; pero al mismo tiempo resulta tipo genérico de los grandes soberanos del Renacimiento, y personifica la conversión de la Italia de la Edad Media en el estado nuevo y moderno. Bajo este punto de vista tiene *El príncipe* una importancia histórica incontestable.

Maquiavelo entiende que para la gran obra de la unidad nacional el soberano necesita una suma de poder que sólo cabe en un monarca absoluto. Para el buen éxito del intento de unir, armar y libertar la patria, ha de ser y debe ser un tirano, y un tirano hecho a imagen de los grandes legisladores. Armado el pueblo y expulsados los extranjeros, dará buenas leyes y procurará la duración y seguridad

de su obra, confiando la defensa al pueblo. Las corrompidas costumbres de la Italia de entonces impedían la realización de tan patriótico intento, que fue el sueño de Maquiavelo durante toda su vida.

Para contribuir a esta empresa, acaso más que para atender a sus necesidades personales, pedía un cargo a los Médici, cuyo poder era entonces incontrastable en Italia, pareciendo destinados providencialmente a realizar la unidad nacional. La elocuentísima exhortación puesta al final de *El príncipe* es el mejor testimonio del pensamiento y propósito con que fue escrito.

Están expuestas las ideas en este tratado en estilo conciso y claro, tan claro que, con razón, dice Villari: «Jamás ha habido un hombre menos maquiavélico que Maquiavelo, quien dijo siempre todo lo que quería decir, y más fácil es acusarle de cinismo que de premeditadas reticencias o de ocultos propósitos en sus escritos».¹ Esta misma claridad y concisión quizá hayan contribuido poderosamente a las apasionadas críticas en pro y en contra de que ha sido objeto *El príncipe*, libro en el cual su autor sólo ve y trata del estado, del arte con que se mantiene y de las armas con que se defiende. A la organización y salvación del estado italiano todo lo sacrifica, y tan fundadas en la verdad, en la realidad y en las necesidades políticas eran sus aspiraciones, que han resultado proféticas. Lo que con tan apasionada elocuencia pedía para su patria en la exhortación final de *El príncipe*, se ha realizado tres siglos y medio después y a nuestra vista. El sueño del secretario florentino es hoy realidad, y los hechos han venido a demostrar la prodigiosa inventiva de su entendimiento.

Con manifiesto empeño se han buscado y supuesto en *El príncipe* fines recónditos e intenciones ocultas; pero bueno es advertir que en la época en que fue escrito a nadie escandalizó este libro. En 1531 se publicaron en Roma los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, y en 1532 *El príncipe; cum gratia et privilegio* del Papa Clemente VII y de otros príncipes.

Los primeros ataques a las doctrinas políticas de Maquiavelo fueron de los jesuitas. Defensores éstos de la supremacía de la iglesia sobre el estado, tenían necesariamente que combatir una obra en la cual se pedía y defendía la independencia del estado, ocupándose de la religión sólo como uno de los elementos de gobierno que el príncipe debe tener muy en cuenta, por su influencia social y política.

En esta cruzada contra Maquiavelo se ha acudido para conseguir fácil victoria a atribuirle frases que nunca dijo, como la de la *razón de estado* para justificar actos reprochables, y sobre todo a presentar aisladamente y como máximas de moral las que eran de política y dependían de determinados supuestos, de modo que su significación resulta alterada. Puede discutirse el sentido y el valor de las frases: «En política y en diplomacia es lícito algunas veces mentir». «Es digno de elogio quien en la guerra engaña al adversario».

¹ *Machiavelli e i suoi tempi*, por Pascual Villari. Obra notabilísima, llena de erudición y sana crítica, y sin duda alguna la más importante de cuantas han visto la luz relativas a Maquiavelo. De ella extractamos casi todos los juicios y apreciaciones que forman este prólogo.

«En un estado en desorden se debe usar la fuerza, la violencia y hasta el engaño para ponerlo en condiciones normales». «El príncipe debe respetar y observar la religión de su pueblo, aunque no crea en ella». Pero si en vez de discutir tales máximas se presentan en términos generales diciendo que es preciso mentir, engañar, ser cruel y fingir creer en una religión que se desprecia, cesa la posibilidad de toda discusión y se consigue fácil victoria contra un monstruo que sólo existe en la imaginación del crítico. De este modo se ha hecho pasar a Maquiavelo por enemigo de la moral, de la religión y de la justicia.

Fue *El príncipe* en los primeros tiempos de su aparición el manual de política más leído y consultado, porque hablaba un lenguaje que respondía a la realidad de las cosas y daba consejos prácticamente aplicables en la conducción de los grandes negocios políticos. Así se explica que el Papa Sixto V hiciera personalmente un extracto de esta obra, que Carlos V y Felipe II la consultaran con frecuencia y que se encontrara en los bolsillos de Enrique III y Enrique IV cuando el trágico fin de estos monarcas franceses.

Consolidóse en Europa la unidad e independencia de los estados y comenzó la lucha para salvar, dentro de la monarquía, la libertad política y la libertad de conciencia. Había defendido Maquiavelo la primera en los *Discursos*; pero de ninguna de ambas se ocupó en *El príncipe*, y de aquí que combatieran este libro los liberales porque defendía el despotismo, y los protestantes porque sólo trataba de la religión como elemento político, prescindiendo del derecho a la libertad de pensar en materias religiosas.

Conforme avanza el siglo XVII cambian las condiciones en los estados y las de los soberanos en sus reinos, llegando a ser muy distintas de las que había en el Renacimiento. No se luchaba contra el feudalismo, ya domado, ni contra las pequeñas repúblicas y los gobiernos locales para conquistar un poder vacilante e incierto, porque lo poseían de un modo estable las dinastías reinantes. Fórmase en los estados una clase popular con nuevos elementos de vida, clase que los monarcas necesitan atraerse para encontrar en ella ayuda en las guerras y para fortalecerse con el bienestar y el incremento moral, civil e industrial de dicho pueblo. Así quedó abierta la vía a los príncipes que en el siglo XVIII llamaron ilustrados y reformadores. Comprendiendo estos soberanos la necesidad de ser los jefes guías y representantes del pueblo, promovedores y sostenedores de sus verdaderos intereses, no podían ver en *El príncipe* de Maquiavelo su imagen, porque el soberano de *El príncipe* confunde el estado con su persona y sólo atiende a consolidar su poder. Estas circunstancias produjeron otra serie de enemigos a las doctrinas de Maquiavelo. La nueva filosofía originaba una nueva política en provecho de la generalidad de los ciudadanos y contraria a la de dar al pueblo la organización que prefiriera el soberano o conviniera mejor a sus personales intereses.

Este nuevo modo de ser de los pueblos y estas nuevas condiciones en que los monarcas se encontraban origina las anotaciones a *El príncipe* de la reina Cristina de Suecia y la refutación que de este libro hizo Federico II de Prusia en su juventud, refutación revi-

sada, corregida y publicada por Voltaire en 1740, y que no impidió al monarca prusiano seguir en muchos casos las máximas por él combatidas.

Pero si las doctrinas de Maquiavelo, expresadas con el propósito de formar nuevos estados y consolidar el poder de príncipes nuevos eran rechazadas y debían serlo por representantes de dinastías arraigadas, sin enemigos que las hicieran vacilar, en cambio, cuando se trataba de una soberanía nueva, apreciábanse con más imparcialidad, y así se explica que Napoleón I fuese admirador del secretario florentino.

No han faltado en distintas épocas hombres eminentes que defiendan a Maquiavelo. Así lo han hecho Justo Lipsio, Bacon de Verulamio, que le elogia por describir lo que los hombres hacen y no lo que deben hacer; juicio inexacto, porque Maquiavelo habla de lo que los hombres hacen para deducir lo que deben ejecutar. Alberico Gentile, a quien se debe la idea de que Maquiavelo, que defiende la libertad en los *Discursos*, escribió *El príncipe* para descubrir a los pueblos los arcanos de la tiranía, con pretexto de instruir a los príncipes; opinión desacertada que ha encontrado muchos adeptos, entre ellos Rousseau y Alfieri.

Detractores y defensores incurrían, sin embargo, por diversa vía en el mismo error. A los primeros bastaba denigrar el carácter de Maquiavelo para condenar sus ideas, y creían los segundos que, exaltando el patriotismo y el amor a la libertad del autor de *El príncipe*, probaban la bondad de su doctrina. La cuestión consiste en saber el valor científico de ésta; si lo escrito por Maquiavelo es verdadero o falso; si la moral pública, la moral a que han de atenerse los que gobiernan los pueblos en sus relaciones de nación a nación es exactamente igual a la moral privada, la que debe existir entre los hombres en sus relaciones mutuas. Mucho más fácil que distinguir y especificar los puntos de diferencia que hay o puede haber entre la moral pública y la privada, entre la moralidad de los actos de los gobiernos y la de los individuos, es decir que son iguales; aunque un político de tan claro talento como lo era el conde de Cavour declarase que en algunos de sus actos de gobierno no sabía si, por servir a su patria, obraba con rectitud o con doblez.

Lo cierto es que cuando en tiempos modernos se han reproducido aspiraciones políticas idénticas o parecidas a las que existían en la época de Maquiavelo, las doctrinas de éste han encontrado defensores convencidos. Bollman quería la unidad alemana, como Maquiavelo quiso la unidad italiana; y para conseguirla pedía un príncipe reformador y armado que saliera de Prusia, como Maquiavelo deseaba que surgiese de Italia un soberano conquistador, capaz de arrojar a los extranjeros y establecer la unidad nacional. Este príncipe, según Bollman, debía seguir, respecto a la política interior, la norma de la justicia y de la moral, y en cuanto a la exterior atender sólo a lo que fuera preciso para la salvación de la patria.

No se juzgará bien *El príncipe* sin conocer primero los hechos que lo inspiraron, las condiciones en que fue escrito y el fin práctico que el autor se proponía. Maquiavelo no defiende el despotismo, sino la histórica necesidad del despotismo en determinadas condicio-

nes sociales, y la Europa de su época le ofrecía una demostración incontrastable. Estaba perfectamente convencido de que sólo la monarquía absoluta, por medio de la fuerza, puede mantener la unidad en un pueblo corrompido y salvarle de la anarquía. Ésta, y no la indirecta condenación de la monarquía absoluta, como creía Mancini, es la verdadera significación de *El príncipe*, producto original de la mente y de los tiempos de Maquiavelo, y no imitación de Aristóteles, como algunos han creído; porque la política de Aristóteles comprende todas las manifestaciones de la actividad del individuo, y Maquiavelo sacrifica el individuo al estado, y todas las aptitudes de aquél que no afecten a la política o a la guerra le son indiferentes. De literatura, de artes, de cultura y de religión casi no se habla en sus obras, en oposición, por consiguiente, con la idea más vasta, variada y filosófica de la cultura griega. La patria ideal de Maquiavelo es Roma.

Cuando habla de virtud, se refiere a las virtudes públicas; jamás a las privadas. No juzga nunca el valor moral de los actos individuales, sino su efecto real como actos políticos.

Bajo todos conceptos se ha examinado a Maquiavelo sin poder llegar a un juicio generalmente aceptado, porque los críticos, aun los más competentes, lo estudiaron y estudian atendiendo sólo a algunos de los múltiples aspectos que presenta. Quién ha buscado la explicación del enigma en el estudio de su época; quién en el carácter del hombre; quién se ha limitado al examen de sus obras y en éstas sólo ha visto al republicano o al monárquico; quién ha atendido sólo a la cuestión política; quién sólo a la cuestión moral, y bajo cualquiera de estos aspectos que se le estudie, sin tener en cuenta los demás, la fisonomía del autor de *El príncipe* se altera y su verdadero carácter queda inexplicable e incomprensible. Para que el estudio del hombre y de sus obras sea completo, es necesario hacerlo en todos los conceptos indicados.

Si no es fácil juzgar el libro de *El príncipe*, lo es menos el titulado *El arte de la guerra*, porque ni los prácticos en el ejercicio de las armas saben, por regla general, apreciar su valor histórico, ni los profanos en el arte militar el mérito científico y técnico que ciertamente tiene, contribuyendo a esta dificultad la circunstancia de no haber sido nunca Maquiavelo hombre de guerra. Hay, sin duda, en esta obra, errores hijos de su inexperiencia y errores que dependen de la época en que fue escrita.

De todos éstos, el principal de ellos es la escasa importancia que da a las armas de fuego; pero en verdad no habían producido éstas en sus tiempos la revolución que sustancialmente modificó después la organización militar, creando la táctica moderna.

En los tiempos de Maquiavelo, el arte de la guerra encontraba base, como todos los demás organismos del estado, en un período de grande y rápida transformación. Durante la Edad Media los hombres de armas, cubiertos de hierro de pies a cabeza, habían anulado la infantería, batiéndola fácilmente. Tropas de esta clase eran las bandas de aventureros que había en Italia al servicio del príncipe o república que las pagaba, y nada podían contra ellas las antiguas milicias de las ciudades, formadas con artesanos que carecían de tiem-

po y medios para adiestrarse en el arma de caballería, verdadero nervio entonces de los ejércitos.

La transformación en pro de la infantería empezaron a ejecutarla los suizos en el siglo xv, formando batallones compactos que, con largas picas, apoyadas por un extremo en el suelo y apuntadas por el otro contra los hombres de armas, demostraron en sus guerras con Austria y Borgoña la posibilidad de resistir la infantería y aun vencer a la caballería. Así lograron fama de ser los mejores soldados del mundo, hasta el punto de creerse que no se podía vencer sin llevar en el ejército bastante tropa suiza. Su organización la imitaron con manifiesto provecho primero la infantería alemana y después la española, y poco a poco fue creciendo en los ejércitos el número de infantes hasta constituir su fuerza principal, decayendo la influencia de las bandas de hombres de armas, aventureros y asalariados, hasta que por diferentes causas desaparecieron. Esta transformación pudo observarla Maquiavelo en el asedio de Pisa y en los viajes que hizo a Suiza y al Tirol.

Sobre dos principios capitales se funda *El arte de la guerra* de Maquiavelo: consiste el primero en que el pueblo debe estar armado y formar una milicia nacional capaz de convertirse en ejército activo cuando las necesidades de la patria lo exijan, y el segundo en que el nervio de todo ejército debe ser la infantería, a cuya organización hay que atender con preferencia. Su modelo en este punto es la legión romana.

El estudio que había hecho de las instituciones de la antigua Roma y lo que pudo ver en Suiza, sugirieron acaso a Maquiavelo la idea capital de *El arte de la guerra*, idea que defendió toda su vida y que consiste en que la verdadera e incontrastable fuerza militar de un estado ha de fundarse en el pueblo armado, constituyendo el ejército nacional. Este sistema, defendido por él hace cerca de cuatro siglos, ha llegado a tener realización práctica en nuestros días con el servicio militar obligatorio, primero en Prusia, y después en casi todas las naciones europeas.

El pensamiento político y el militar, dice Villari, se unen así y forman uno solo en *El arte de la guerra*. El primero aparece claro a todo el mundo, y las reformas técnicas para mejorar la infantería de su tiempo causan muchas veces la admiración de los tácticos modernos.

32 El error capital de Maquiavelo, por las consecuencias que tiene en todo su sistema de organización militar, consiste en el desdén con que mira las armas de fuego; pero conviene tener en cuenta lo imperfectas y difíciles de manejar con rapidez que eran estas armas en su tiempo, pudiendo apenas substituir ventajosamente a las ballestas. En todos los ejércitos del siglo xvi hay arqueros y ballesteros, y aun en el xvii *proponia* Montecucoli que la infantería se organizase con dos tercios de mosqueteros y uno de piqueros. Hasta la invención de la bayoneta en el siglo xviii, no desaparecen las picas en los ejércitos.*

Todas las reformas radicales, lo mismo en la milicia que en los demás elementos de gobierno de los pueblos, tropiezan al plantearse con grandes dificultades y resistencias, y las armas portátiles de fue-

go, tan imperfectas en su origen, perturbaban por completo las tradiciones sobre la organización de las fuerzas militares y el sistema de combatir de los mejores ejércitos. El fusil de repetición, adoptado por los prusianos en 1840, a pesar de demostrarse su eficacia en la guerra de éstos contra Dinamarca, no lo aceptaron las demás potencias hasta 1866, un cuarto de siglo después de su invención.

Pero si los enormes gastos que ocasiona cualquier cambio en el armamento explican la lentitud en realizarlo, al escritor militar no le impiden apreciar la eficacia de la reforma, y cuando Maquiavelo escribió *El arte de la guerra* ya estaba probada la de las armas de fuego, especialmente de la artillería, en batallas tan importantes como las de Novara, Rávena y Mariñán, pero Maquiavelo sólo conocía bien la infantería y el armamento más usado antes de 1512.

De todos modos, le cabe la gloria de haber sido el primero en escribir un tratado de la táctica de su tiempo, explicando cómo podía mejorarse; y en lo que es fundamental y permanente en el arte de la guerra tienen tanto valor sus máximas, que se le ha llamado, no sin razón, el primer clásico moderno en asuntos militares.

LUIS NAVARRO